



PREGÓN FIESTAS PATRONALES 2013

Ilustrísimo Sr. Alcalde, ilustrísima Sra. Diputada Regional, Señores regidores, Srs. curas, convecinos y amigos que os encontráis en este salón parroquial o viéndolo a través de la televisión local... Buenas noches a todos y bienvenidos a este pregón de fiestas 2013. En primer lugar deseo expresar mi más sincero agradecimiento a la Corporación Municipal por mi designación como pregonero para este año; es un honor que acepto con humildad pero también con gran satisfacción, porque considero que la Corporación es la legítima representante de todos nosotros, en cuanto que formamos una comunidad desde hace ya más de cuatro siglos y como tal institución me merece todo el respeto del mundo. Del mismo modo, quiero reiterar esa gratitud muy señaladamente al actual alcalde, Ginés Campillo Méndez con quien he mantenido y mantengo una estrecha colaboración y en quién siempre he hallado una particular sensibilidad por su pueblo, que más allá de ideologías políticas, sé que nace del amor que le profesa a Mazarrón. (En todo caso, muchas gracias también por sus palabras de reconocimiento en la presentación que ha hecho del pregonero). No obstante, también creo que sería injusto por mi parte no reconocer las excelentes relaciones que he mantenido con los alcaldes anteriores a lo largo de mis treinta años de vida en Mazarrón, al igual que con los concejales de cultura que por aquí han pasado.

Como acabo de mencionar, hace treinta años que nací en Mazarrón, hecho que no implica el que antes ya hubiera nacido en Cartagena; hay personas que tienen la fortuna de nacer en dos lugares, y de querer y ser querido por los dos,... y yo soy una de ellas. De hecho sólo entiendo el concepto de nacionalismo cuando deja de ser excluyente, cuando nace de la solidaridad y sirve, como en mi caso, para estrechar vínculos de afecto. Y precisamente el mayor de todos los afectos brotó en esta hermosa tierra: y es mi familia, mi mujer Leonor y mi hija Carmen. Pero lo cierto es que, mucho antes de que esto sucediera, yo ya me había enamorado de los azules intensos de un cielo transparente que recortaba las sierras de la Perdiz y Las Moreras; del paisaje inverosímil de las minas; de todo el esplendor del Mediterráneo plasmado en nuestra bahía, y, por supuesto, de la belleza de su gente, de su corazón limpio, acogedor y



generoso. Así fue como quedé prendido a un lugar, cuyo legado histórico, permítanme la expresión, me pareció y me sigue pareciendo fascinante.

Por todo ello, quisiera estructurar este pregón desde una perspectiva que nos descubra cómo han ido transcurriendo las fiestas de Mazarrón a través del tiempo, pues las salidas del vecindario a la calle, ya fueran celebraciones, algaradas políticas o procesiones religiosas, son acontecimientos que nos siguen aportando conocimiento sobre la vertiente sociocultural más desconocida de una colectividad, en definitiva, nos muestra cómo somos. Y para estudiar las fiestas de Mazarrón, hemos de situarnos en dos ámbitos diferentes, uno que nos señalará el espacio físico donde se han desarrollado la mayoría de actos festivos; y otro que nos mostrará el carácter de dichos actos (un carácter esencialmente lúdico, religioso, político y militar)...que de todo ha habido.

De la primera cuestión, no tenemos más remedio que hablar de la Plaza del Ayuntamiento, antes conocida como Plaza del Mercado o de la Libertad. La plaza fue diseñada y creada por nuestros antepasados que fundaron la población a finales del siglo XV, situándola bajo el peñasco rocoso que coronaba el castillo de Los Vélez, siendo el lugar donde coexistieron la iglesia de San Antonio, el primer ayuntamiento, la cárcel, la posada, el pósito de trigo y los mercados ambulantes. La “Plaza Pública” siempre fue un espacio de convergencia social, un entorno donde palpitaba la vida ciudadana con la puesta en escena de cualquier acto que necesitara congregarse al vecindario, bien fueran festividades, solemnidades, o convocatorias de la milicia urbana para salir en defensa de la costa. No es de extrañar, que la primera gran fiesta de la que tengamos noticia se celebrase en dicho recinto, precisamente el siete de septiembre de 1572, cuando el pueblo acudió a la plaza para festejar la independencia de Lorca entre juegos de cañas, actuación de juglares, zambras moriscas y suelta de toros. Si bien entonces ya eran frecuentes los denominados «alardes» militares, con más de un centenar de hombres armados desfilando ante los responsables del Concejo, de la Justicia y el Regimiento de la villa, o aquellos marciales recibimientos a preladados y nobles (entre otros al marqués de Los Vélez o al adelantado del reino de Murcia);en eventos donde solía correr la pólvora y los mandos civiles y eclesiásticos eran debidamente vitoreados por el pueblo. No podemos olvidar que Mazarrón fue durante mucho tiempo, junto con Cartagena, la



frontera natural del reino de Murcia frente al norte de África y esa frontera –señoras y señores– había que defenderla con uñas y dientes.

De hecho, los sufridos mazarroneros del siglo XVI, no sólo eran explotados por los marqueses de los Vélez y Villena, trabajado como presidiarios en las canteras de alumbre, sino que además, eran una y otra vez asaltados por piratas berberiscos que les robaban y hostigaban. Sin embargo, en medio de tanta calamidad, sucederá un hecho —cuanto menos sorprendente— que confortará los ánimos de un pueblo habituado a vivir al límite de sus fuerzas y en territorio hostil. Según ha ido transmitiéndose por tradición oral y fuentes escritas, en la madrugada del 17 de noviembre de 1585, la Virgen obró el milagro de ahuyentar a 500 hombres de pelea que habían desembarcado en nuestras costas con ánimo de saquear la villa.

Desde aquel momento la conmemoración anual del conocido como “Día del Milagro” estará basada en la evocación de un prodigio que dejaba entrever las penalidades y el desamparo de aquellos desdichados vecinos. Solo el concepto de «sagrado» será capaz de convertir una leyenda ilegible en una historia verdadera que, a su vez, quedaría impresa en el sistema de creencias religiosas y se haría hueco en el acervo cultural de la comunidad. Al mismo tiempo, la aparición de un mito que recreaba la protección de la Virgen frente a los irreconciliables enemigos musulmanes, fortalecía la dimensión colectiva de la población, atenuando el pánico que provocaban las incursiones y generando cohesión social. Por otra parte, la celebración periódica de un aniversario como el del milagro –que constantemente lo reactualiza– propone un culto positivo y jubiloso que tiene como efecto el reforzar los sentimientos de pertenencia a un territorio y la creación de una identidad propia. Estamos, probablemente, ante el nacimiento del mito fundacional de la población mazarronera en el siglo XVI y, como afirma Mircea Eliade, en la creación de un mito no se habla de lo que sucedió realmente, los personajes de los mitos son seres sobrenaturales, *«se les conoce sobre todo por lo que han hecho en el tiempo prestigioso de los “comienzos”»*. Y es evidente que Mazarrón comenzó a caminar como pueblo y a sentirse fuerte después de suceder el Milagro.



Pues bien, tras esa catarsis espiritual, el vecindario asumió que la Virgen velaba por su seguridad día y noche; los pescadores lanzaban en su nombre las redes al mar; los labradores la invocaban en sus primeras sementeras y los enfermos esperaban sanar por su intercesión. Solo así podemos entender que Mazarrón fuera uno de las primeras poblaciones españolas –si no la primera– que tomó por patrona a la Purísima Concepción. Más tarde, al establecerse la orden de franciscanos descalzos en 1706, la celebración pasó a ser patrimonio de su santuario conventual, siendo sus padres guardianes los que formalmente invitaban al Concejo el día ocho de diciembre a ocupar el sitial preferente de las autoridades y así solemnizar una efeméride donde venían a predicar clérigos de otras ciudades. Las denominadas “Fiestas de la Purísima” sirvieron durante siglos para que los vecinos declarasen su desmedida devoción por la Imagen, le rindieran culto en el altar y marcharan por las calles en fervorosa procesión tras su efigie.

Pero la veneración de los mazarroneros por la Purísima fue mucho más allá de lo estrictamente religioso; el propio poder político, representado por el Ayuntamiento, dictaminaba en cabildo cuándo y cómo era necesario sacar en procesión a la Virgen para implorarle lluvia en tiempos de sequía o amparo frente a las terribles enfermedades que asolaban la población. Periódicamente, la peste y el cólera dejaban tras de sí un reguero de muerte y dolor; la supervivencia estaba en manos de cíclicas epidemias que por aquel entonces no tenían tratamiento médico para su curación. Sin embargo, no todo fueron desgracias ni siempre ocurrió lo peor. De vez en cuando volvían a suceder milagros —o al menos lo parecían— y las epidemias pasaban de largo, avivando esa esperanza en lo inescrutable que sueña con poner al destino de nuestro lado en momentos difíciles. Algo así ocurrió en el brote de cólera del año 1865 que afectó a las provincias de Murcia y Valencia, mientras que nuestra villa –sorprendentemente– no contabilizó ni un solo caso de contagio. Finalizada oficialmente aquella epidemia el Ayuntamiento anunciaba a bombo y platillo la buena nueva y se unía al vivo deseo del pueblo entero de tributar a la Purísima Concepción, patrona de la villa, una misa solemne en acción de gracias, según refleja el acta del cabildo, donde leemos «...por haberla libertado de la cruel epidemia que había afligido a casi todos los pueblos de esta provincia».



En cuanto a los principales festejos celebrados en torno al ocho de diciembre, destacamos la suelta de vaquillas en la plaza del Ayuntamiento. Una costumbre ancestral que, según hemos podido constatar en los libros capitulares, estuvo muy arraigada en Mazarrón, llevándose a cabo hasta finales del siglo XIX. También se repiten, año tras año, las típicas cucañas, los bailes populares, los conciertos de la banda de música y los fuegos artificiales. Pero además, el Ayuntamiento solía declarar tres o cuatro días de fiesta –excepcionalmente– para conmemorar la coronación de un monarca, su boda o el nacimiento de un príncipe. Como ejemplo citaremos la boda de Alfonso XII con su prima María de las Mercedes de Orleans el 23 de enero de 1878. Nada más tener noticia el Consistorio de los esponsales, el alcalde D. Alfonso Zamora García, decidió organizar diversos actos que comenzaron el mismo día del enlace con el canto del Te Deum Laudamus en la iglesia de San Andrés para dar gracias a Dios. Inmediatamente después saldría una procesión por las principales calles de la villa en la que Corporación, curas, milicia y notables de la villa, desfilaban tras la imagen de La Purísima. Para dar mayor relevancia a las fiestas, el alcalde dictaba un bando solicitando a los vecinos que pusieran colgaduras e iluminaran sus casas durante las tres jornadas festivas; asimismo, solicitaba de las parroquias dos sonoros repiques de campanas, «a las horas de las doce del día y al toque de ánimas». También la fachada del Ayuntamiento aparecía iluminada y dispuesta para la instalación del retrato del rey bajo un dosel a modo de retablo, invitándose a los jefes de la fuerza de carabineros y de la Guardia Civil, para que dieran guardia de honor al mencionado retrato. Aquellas recurrentes luminarias del pórtico municipal con quinqués de petróleo y vasos de colores nos hablan de una especie de veneración (supongo que bastante forzada) hacia los poderes públicos que rozaba el misticismo. En los tres días que restaban de fiestas la banda de música interpretaba su escogido repertorio en la Plaza de La Libertad, escenario igualmente destinado –como no– para correr una vaquilla, y colocar una cucaña con un premio de dos gallinas y 25 pesetas, a la persona que lograra alcanzarla. Las jornadas festivas finalizaban con un gran baile popular en la misma plaza y un castillo de fuegos artificiales valorado entonces en 170 reales. Como novedad en estos festejos nupciales, las autoridades mostraban especial sensibilidad hacia la pobreza que ya inundaba los arrabales de Mazarrón, concediendo una limosna que se invertiría en tantas libras de pan como fueran necesarias para repartir entre los más necesitados. También la vaquilla se sacrificaría una vez concluidas las fiestas para vender la carne al



público y destinar su beneficio a las familias de los soldados, hijos de esta villa, que habían sido víctimas de las interminables guerras carlistas.

Por último, no me gustaría concluir este pregón que repasa casi sin querer la historia de nuestras fiestas, sin hacer una mención al denominado periodo del “Esplendor Minero”. Entre los años 1880 y 1910, la villa experimentó el mayor aumento demográfico de su historia por la demanda de mano de obra en las minas; la población se cuadruplicó, produciéndose una masificación del entorno habitable que – literalmente– hizo salir a la gente a la calle. Quizá ese era el único modo de generar espacios socializadores que permitieran liberar las tensiones propias de los peligrosos trabajos subterráneos o la explotación infantil.

La ciudad concebida como zona de contacto permanente donde prosperaron tabernas, cafés-cantantes, centros de reunión y locales clandestinos para jugar a los «prohibidos»; hubo igualmente un incremento de las fiestas de carnaval, Semana Santa y Navidad, en medio de un ambiente frenético al que pronto se sumaron los primeros coliseos teatrales, una plaza de toros de tercera clase, tres bandas de música, dos casinos y hasta cuatro circos de gallos. Mazarrón transformó su semblante, la población emigrada de tierras almerienses llegó a superar a la población autóctona, se propició un cambio cultural que, sin embargo, no logró desarraigar la fiesta de la Purísima. Ese quizá sea el hecho más relevante de toda esta historia.

Comprobar cómo la tradición se ha mantenido casi intacta, inmutable al paso de los siglos y, por tanto, convertida en una de las pocas señas de identidad que nos define como mazarroneros. Nuestro pasado más ancestral, forjado en una titánica lucha por la supervivencia, dio paso a los altibajos económicos que conllevaron la fabricación de alambre, las minas de plomo y hasta los reveses de la agricultura en tiempos más recientes. Almazarrón, tierra de acogida y lugar de encuentro, ha sabido perpetuar en su memoria uno de los más bellos capítulos que se han escrito en torno a su propio nacimiento como población. Para mí, la palabra “milagro”, puede tener diferentes connotaciones, pero sobre todo debe simbolizar la esperanza en alcanzar las metas que nos proponemos cada día. Decía Aristóteles que la esperanza es el sueño de un hombre despierto, ...y ya que estamos todos despiertos, tengamos esperanza y soñemos con un



futuro mejor. Las fiestas son una forma positiva de mirar hacia delante. Yo, desde esta tribuna os animo a participar y disfrutar de unas diversiones que están en el origen de nosotros mismos, nos pertenecen y forman parte de nuestro legado cultural.

Muchas gracias